

el proyecto de Napoleón III, para intervenir en México y fundar el trono de Maximiliano, la ejecución reposaba sobre la certidumbre de que la gran nación Norte Americana había desaparecido, quedando en su lugar dos naciones que se odiaban entre sí é impotentes individualmente para contrariar, según el Emperador francés, sus designios en América. Tal certidumbre en la ruina del poder de los Estados Unidos pareció evidente en 1861 y 1862 y primeros meses de 1863.

El 14 de Mayo de 1863, el General Grant había vencido al General confederado Johnston, en Jackson. El 4 de Julio el General Pemberton se rindió á discreción en Vicksburg al General Grant, quien por el éxito de su campaña se colocó en el rango del primer general de la Unión. Casi en el mismo día el General Lee era derrotado en Gettysburg por el ejército del Potamac. Estas grandes victorias cambiaban el aspecto de la guerra, indicando el triunfo final para el Norte y tenían que cambiar también el aspecto de las intenciones de Napoleón respecto de México. ¿Iba á exponer mayor número de hombres y más millones en un proyecto cuya base estaba completamente arruinada?

## TERCERA PARTE

### LA DEFENSA NACIONAL

#### SEGUNDO PERÍODO

### CAPÍTULO I

#### LOS PROYECTOS DE NAPOLEÓN.

Ocupada la Capital de la República en Junio de 1863, por el general Forey, llegaba el momento de que Napoleón III descubriera sus verdaderas intenciones respecto de México. ¿La expedición significaba una intervención ó una conquista? Si Napoleón quería convertir á México en colonia francesa, el asunto tenía dos soluciones racionales, históricas, inevitables :

Primera. Establecer en el terreno ya conquistado un gobierno militar francés mientras se terminaba la conquista y continuar rápidamente ésta hasta su conclusión; Segunda. Establecer un gobierno mexicano que pidiera la anexión á Francia, como había

sucedido en Santo Domingo respecto de España.

Si Napoleón lo que se proponía con su intervención era adquirir determinada fracción del territorio mexicano, había también dos procedimientos que seguir: proponer á Juárez la paz en cambio del territorio deseado ó establecer en la Ciudad de México un gobierno mexicano dispuesto á ceder territorio. Conseguido esto, las fuerzas francesas debían retirarse de la República, sin preocuparse de la suerte de los gobiernos que en ella quedasen ni por sus asuntos interiores.

El General Forey comenzó por establecer un gobierno mexicano. ¿Con qué hombres? Napoleón desde 1º de Noviembre de 1862, siete meses antes de la ocupación de la Capital, ordenaba al general Forey: « Una vez dueño del país, será preciso que vos mismo nombréis un gobierno provisional compuesto de hombres recomendables de los más adictos á nuestra causa (1) ». ¿Cuál era esta causa? La intervención armada no era más que un medio para hacer triunfar la causa.

En las mismas instrucciones, Napoleón decía á Forey: « Veré con gusto que Almonte forme parte del gobierno provisional. El orden una vez establecido, creo necesario que antes de reunir cualquiera asamblea, que todo el pueblo mexicano vote si desea

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 124. Napoleón á Forey, 1º de Noviembre de 1862.

monarquía ó República, por medio del sufragio universal. En ningún caso aceptéis un voto cualquiera antes de que estemos en la Capital y que vos mismo hayáis establecido un gobierno á vuestra satisfacción, pues de lo contrario corremos el riesgo de ser víctimas de un escamoteo ».

Estas órdenes prueban que Napoleón veía las cosas á la europea: una vez tomada la Capital, toda resistencia cesa y el orden queda restablecido en todo el país. Sólo así era posible que, como lo quería Napoleón, votase todo el pueblo mexicano. Muy experto en fraudes y farsas electorales, sabía dos cosas: el sufragio popular en manos de un pueblo poco civilizado es el sufragio de su gobierno y por tal motivo, Napoleón ordenaba que antes de cualquier voto se estableciera un gobierno á satisfacción de Forey, para que el voto del pueblo fuera el voto de Forey. Según las instrucciones de Napoleón que acabo de copiar, las intenciones del Emperador, eran establecer en México el gobierno monárquico; pero éste podía ser el suyo y quedar México anexo á Francia. Tales instrucciones no decidían si el objeto de la intervención era la conquista de México por Francia.

El 14 de Febrero de 1863, Napoleón modificaba sus instrucciones de 1º de Noviembre de 1862 á Forey: « Es necesario, le dice, que una vez restablecida la tranquilidad se consulte á la nación, sea

por una especie de sufragio popular ó sea nombrando un Congreso por uno de esos medios revolucionarios, cuya costumbre y tradición posee México ». Le dice además: « es necesario que en México seáis el amo sin aparentarlo (1). »

Como todas las instrucciones de Napoleón á Forey eran reservadas, los mexicanos sólo podían guiar su conciencia por los actos ostensibles de la intervención.

El general Forey expidió un decreto designando 35 personas escogidas por Saligny, para que éstas eligieran un gobierno provisional formado de tres individuos y para agregarse hasta 215 personas con el objeto de organizar la Asamblea de Notables, que debería elegir la forma de gobierno (2). » Saligny, en 1863, era execrable para los liberales, despreciable para los moderados, adorable para los clericales. Saligny era el súbdito del clero, el súbdito de los agiotistas, el agente de Jecker, el lacayo de de Morny. Dada á Saligny la facultad de designar la Junta de donde debía emanar la forma de gobierno, era poner la situación enteramente á su discreción, contrariar la proclama liberal de Forey del 12 de Junio y marcar la intervención como agencia de negocios sucios, de reclamaciones inicuas, de procedi-

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 125.

(2) Decreto de Forey de 16 de Junio de 1863.

mientos fraudulentos : equivalía á nombrar regente á de Morny, asociándolo al clero, combinación imposible. Napoleón no había ordenado semejante falta; pero el General Forey se distinguía por lo tonto, presuntuoso y cortesano de la especie más servil.

Por otra parte, Forey no tenía de quien aconsejarse para nombrar las 35 personas agentes del complot monárquico. Napoleón le recomendaba que las escogiese entre las más adictas á la causa intervencionista y éstas no podían ser más que las clericales. Forey debió haber intentado formar la Junta con moderados, previamente ganados á la causa monárquica y los habría encontrado después de su proclama liberal del 12 de Junio. Cuando Napoleón comprendió la falta de Forey y la intriga de Saligny, los separó inmediatamente de la intervención. Cuando Napoleón ordenó á Saligny que volviera á Francia, el partido clerical improvisó una manifestación nacional suscrita por la mayoría de los Ayuntamientos de que disponía, suplicando á Napoleón conservase á Saligny como el hombre necesario para la realización de las ideas generosas del Emperador.

El partido conservador condenaba el negocio Jecker y no estaba dispuesto por interés propio á que la camarilla de Morny saquease al indigente erario mexicano.

Debió, pues, desprender su causa para mantener-

la honorable á sus propios ojos, de la causa del agio fraudulento. No haberlo hecho prueba, no falta de talento en los prohombres intervencionistas, pues de sobra lo tenían, sino falta de posibilidad. Separando los negocios Jecker, que eran muchos, de la causa de la intervención, no habría tenido lugar ésta. El partido conservador para conseguir el auxilio francés con el objeto de derrocar al gobierno liberal estaba obligado á entregarse á Napoleón, atado de pies, manos y conciencia.

El objeto principal de la intervención para el clero era la devolución de los bienes que la Reforma le había quitado y la seguridad para los que había ocultado, que era la mayor parte. En su primera palabra el General Forey había arruinado las esperanzas del clero; los bienes que había perdido no se le devolvían. Por de pronto no quedaba más que un recurso: hacerse del gobierno clerical como regla, y como excepción hacer que este gobierno expresase en las actas del sufragio popular que debía sancionar las resoluciones de la Asamblea de Notables, cualesquiera que fuesen, el vivo deseo del pueblo mexicano de conservar la dominación eclesiástica, reconociendo con alegría inefable todos los derechos, prerrogativas y bienes temporales y espirituales de la iglesia. Napoleón, ante la voz nacional, tenía indudablemente que ceder y anular sus disposiciones relativas á las leyes de Reforma. Lo

interesante era también fijarse en el catolicismo del futuro Emperador de México, y el designado por Napoleón aparecía como clerical de buena marca; no podía ser mejor ésta, « Hapsburg », marca con título apostólico y rival de la muy acreditada « Borbón » de España. Además Don José María Gutiérrez Estrada y Don Francisco de P. Arrangóiz catadores distinguidos de las conciencias de los príncipes, garantizaban el clericalismo de Maximiliano de clase tan sobresaliente como el de Fernando VII de España.

¿Era prueba de que la Asamblea de Notables, al proclamar la Monarquía y designar al Archiduque Maximiliano como Emperador de México, no entraba en los planes de Napoleón anexar México á Francia? La intervención de Maximiliano en el asunto garantizaba completamente las promesas de Napoleón de no ambicionar la posesión de México ni de ejercer protectorado en el país. Precisamente para que Maximiliano no aceptase el trono de México, la Reina Victoria de Inglaterra le ofreció el trono de Grecia vacante por haber derrocado los griegos á su Rey Othón. Valía más ser Rey verdadero de Grecia que *gouverneur* ó *préfet politique* de Napoleón III en México. Un Archiduque

de la casa de Austria no podía aceptar convertirse en empleado de un Emperador sin nobleza, sin padres, sin pergaminos como Napoleón. El Emperador de Austria Francisco José jamás hubiera consentido en semejante oprobio ni tampoco las Cámaras Austríacas. La presencia de Maximiliano en México hacía imposible la anexión y el protectorado. Siendo imposible en este caso anexión y protectorado, el trono de Maximiliano garantizaba la posesión libre, por lo menos de la mayor parte del territorio, por los mexicanos y su nacional soberanía.

Pero semejante garantía no podía ser seria sino hasta que Maximiliano hubiese tomado en México posesión de su trono. Entretanto el ofrecimiento de la corona mexicana por Napoleón al Archiduque Austríaco podía ser un cordial, estilo 2 de Diciembre, para *decembrizar* á México como lo anunciaba indignado Quinet. En Junio de 1863, no había entre Napoleón y Maximiliano ningún convenio ni nada serio. El convenio de Miramar fué firmado el 10 de Abril de 1864. Podía Napoleón al estipular el convenio incluir en él cláusulas inaceptables y desear á todos los príncipes que para substituir á Maximiliano propusiesen los Notables de México, hasta que la designación recayera en un miembro de la familia de Napoleón.

La aceptación del trono de México por Maximiliano no garantizaba que Napoleón, para cobrar los

gastos de la guerra y la recompensa por los inmensos beneficios con que abrumaba á los mexicanos, anunciase quedar satisfecho con algunos centenares de miles de kilómetros cuadrados del territorio nacional.

Las promesas de Forey de respetar la integridad territorial y la independencia de México tenían que cotizarse á vil precio, como todas las que hacen los *irresponsables*. Los mexicanos estaban cansados de recoger únicamente decepciones como frutos de las promesas. El tiempo de hablarles había pasado; engañarlos era muy difícil.

Las personas cultas, sobre todo, tenían derecho á desconfiar de una obra que sólo se emprendía á causa de la generosidad de la Francia. La generosidad de Francia, es un mito como la sabiduría del buey Apis, como la hidalguía de España, como el sonambulismo de Alemania, como el humanitarismo de los Estados Unidos. En punto á moral y justicia todas las naciones son iguales. Su ideal es su progreso á costa del bien propio ó del ajeno; todas tienen la misma religión, la fuerza; todas tienen la misma virtud, el egoísmo; todas buscan el triunfo de sus conveniencias en la lucha implacable por la vida; su voluntad es siempre la de la bestia, saciar su apetito; las víctimas se clasifican como simples manjares; comer pueblos es un derecho tan sagrado como comer codornices.

La generosidad de Francia aparece por la primera vez en la guerra de independencia de las colonias inglesas de la América del Norte. Los auxilios secretos que recibieron los norte-americanos para su guerra de independencia emanaron de Francia y España. Los auxilios públicos fueron proporcionados por las mismas dos naciones; la guerra se hizo contra Inglaterra y por el tratado de Versalles (1783) España obtuvo la devolución de las Floridas y de Minorca. Francia obtuvo la devolución por Inglaterra de las cinco Ciudades del Indostán, de Tabago, Santa Lucía, San Pedro y Miquelon en América; del Senegal y Gorea, en África. Quedó borrado lo relativo á Dunkerque en el tratado de Utrecht. Los Estados Unidos no pagaron la generosidad de Francia, sino el vencido, Inglaterra. Francia prestó un eminente servicio á los Estados Unidos y la recompensa que obtuvo fué bien inferior á sus sacrificios; pero el hecho fué que la ayuda no fué gratuita. En el caso de México, el vencido debía ser destruído por no tener con qué pagar y era claro que pagaría mucho ó poco el favorecido. El episodio de la generosidad de Francia en la guerra de independencia de los norte-americanos, no era prueba de que la intervención francesa sería gratuita para México.

El segundo ejemplo de generosidad de Francia se nos presenta en el paseo triunfal de sus ejércitos

por toda Europa derramando con profusión su sangre y la semilla de los redentores principios de 1789. Desgraciadamente no se limitó á derramar esas dos cosas, sino que sin medida derramó también contribuciones expoliadoras para enriquecer á Generales famélicos é insaciables; derramó la muerte sobre millares de seres que resistían á la *napoleonización*, derramó la injusticia privando de sus propiedades á gran número de familias para formar feudos á los magnates recién paridos por el vientre infatigable de la gloria militar; derramó el dolor, el espanto, la miseria y la desesperación en todas las naciones que la espada desmembraba, desgarraba, cintareaba; derramó, por último y á torrentes, la tiranía ilimitada de los soldados de fortuna; cayeron los tronos de los reyes, para levantarse en su lugar los de los sargentos; caía el absolutismo tradicionalista para que se levantase el militarismo conquistador, más punzante, ofensivo y ruinoso para las libertades individuales. Ningún derecho tuvo defensa, ninguna ley inviolabilidad, ninguna costumbre respeto, ningún individuo seguridad, ninguna propiedad garantía, el saqueo se derramó como un océano y las más bellas obras de arte fueron robadas al mundo conquistado para adornar París, como á manceba de salteador de caminos.

Los ejércitos de Napoleón I marchaban por

Europa derramando la semilla de los principios de 1789; pero el surco se abría con maldad, se labraba con tiranía, se regaba con iniquidades; la cosecha tenía que ser lo que fué: una monstruosa reacción á favor del viejo absolutismo. Napoleón I había derrocado á los tiranos para á todos absorberlos con todos sus vicios y centuplicarlos en su propia persona. La tiranía demente había soñado encerrar á los pueblos no en los templos, ni en las cárceles, ni en las preocupaciones, sino en el puño de una simple espada, siempre desnuda, siempre conquistando, siempre empeñada en la reducción de toda la actividad humana á un cerebro, el de Bonaparte; á un ideal, el de su ambición; á una voluntad, la inflexible de su pesadilla, aplastar al mundo. Esas semillas derramadas tan generosamente dieron un fruto amargo: infundir terror por la libertad, porque así habían llamado los jacobinos y Napoleón á su inconmensurable tiranía. Europa pagó muy caro la semilla revolucionaria de su libertad. La generosidad de Francia no fué, pues, gratuita.

La generosidad de Francia en el caso de la independencia de Grecia no entusiasma á las personas reflexivas. Tan generosa fué Francia, como Rusia é Inglaterra. Las naves de las tres naciones se batieron en las aguas de Navarino. El pueblo francés quiso libertar á Grecia desde su insu-

rección en 1821; pero su gobierno retardó el auxilio hasta que vió que Rusia en nombre del cristianismo ortodoxo y guerrero encontraba un pretexto para invadir á Turquía é instalarse en Constantinopla. Inglaterra tuvo también que fingirse generosa para evitar la toma de Constantinopla, y Francia, tanto por la cuestión de Oriente como por ser la potencia guerrera predilecta de Europa, no podía dejar de tomar parte en una guerra. El que toma el lugar de primer valiente en su hemisferio ó en el globo, está obligado á brillar en todas las guerras para no perder su lugar. El Gobierno francés, que había invadido á España para sostener el absolutismo, no podía tener entusiasmo por la libertad de Grecia. La intervención de las tres potencias, Rusia, Francia é Inglaterra, es una vergüenza para el mundo civilizado, porque tuvo lugar cuando habían ya perecido por la cimitarra turca más de doscientos mil griegos y cuando todas las ciudades y pueblos estaban arrasados. En el caso de Grecia no sólo los liberales, sino también los católicos, deben avergonzarse, porque de todos modos eran cristianos los que servían á las horribles hecatombes turcas y egipcias. Todas las naciones cristianas de Europa, presenciaron ocho años una lucha política, social y religiosa en la que un pueblo débil, implorando el auxilio del universo en nombre de todo y de

cualquier cosa, se iba ahogando en su propia sangre con la certidumbre de extinguirse rebanado por los alfanjes de conquistadores que nunca concibieron la piedad. Y ese pueblo en vía de completo exterminio era el último ejemplar de la raza fundadora de la civilización europea. La salvación de Grecia fué el resultado de un compromiso de lobos, en ningún caso un rasgo de sublime generosidad.

Los generosos fueron los individuos franceses, ingleses é italianos que dieron su vida por la emancipación de Grecia como Baleste, Byron y Santa Rosa. El clero indiferente ante la catástrofe de los griegos probó una vez más que el catolicismo no es cristiano.

La intervención de Francia é Inglaterra en Bélgica en 1831 ciertamente puede calificarse como generosa, siempre que no se reflexione que ha habido un poderoso partido en Francia cuyo ideal es la anexión de Bélgica. Si Francia no ha intentado nada contra esa nación ha sido por Alemania é Inglaterra que terminantemente se opondrían á la absorción de Bélgica por los franceses.

La generosidad de Napoleón III para los italianos, expresada por la campaña de Italia, en alianza con el rey del Piamonte, contra Austria, fué al fin recompensada con la cesión de Niza y la Saboya á Francia. No fué gratuito el servi-

cio prestado por Napoleón á la unidad italiana. Pero Napoleón no había ayudado generosamente á la unidad italiana, pues fué el protector de Francisco II, rey de Nápoles, impidiendo con la flota francesa el bloqueo de Gaeta, hasta que Inglaterra, en nombre del principio de no intervención, le pidió que la retirara. Inglaterra obró á petición de los italianos unionistas.

No conozco más que dos casos de verdadera generosidad enteramente gratuita de Francia; la intervención en España, en 1823, y en la República Romana, en 1849. En ambos casos la intervención tuvo un éxito completo. En España quedó restaurado el absolutismo y en Roma el poder temporal pontificio.

Sería yo injusto si negara que el pueblo francés ha mostrado siempre, después de su gran revolución, simpatía por la causa de la libertad de los otros pueblos; pero también la ha mostrado por la causa de las más atroces tiranías. Francia es la nación más dividida que existe en el mundo. Desgraciadamente la fracción generosa ha sido la republicana que hasta 1873 no había tenido en sus manos el gobierno más que muy poco tiempo.

Es un hecho que la intervención francesa no fué originada por un vuelo generoso del pueblo francés. Gaultot dice que la expedición de México fué siempre antipática al pueblo francés, por no haber